Fe

Antumbra

Capítulo 1

Fe

Cómo quema... el silencio de mis dedos se ha convertido en una sensación inaguantable, deleznable, asquerosa. Sin importar cuánto escriba, no llego a níngún lado. Pero, ¿A dónde esperaba llegar? Las letras avanzan, delinean mis vagas ilusiones, y de todas formas, yo sigo retrocediendo. Ellas caminan, y yo me quedo atrás. ¿Qué estoy persiguiendo? No lo sé. Ya no lo sé. En el pasado, mi mente rebozaba de ideas, de sueños, de metas, de mundos por compartir. Ahora, sólo queda una llanura vacía, un campo yermo del que no emerge nada más que polvo.

Cómo duele... las heridas en mi piel se tornaron los únicos vestigios de que, alguna vez, tuve emociones, sentimientos, un alma que romper. Hoy, este corazón de neblina no puede ser alcanzado por nada ni por nadie, y pese a ello, sufre por permanecer flotando en un abismo, atrapado en el limbo de mi pecho. ¿Hay alguna razón por la cual seguir haciendo algo que, según entiendo, sólo está reservado para unos cuántos? ¿Qué tengo que ofrecer, que no sean lágrimas, sudor, sangre y un aliento que se desparrama ante mí y me abandona, al igual que todo lo que alguna vez me hizo sentir grande?

Cómo moja... el flujo de mi angustia empapa mis muñecas, y se resbala por mis dedos hasta que, como la tinta, las gotas pintan el lienzo de arena bajo mis pies, transcribiendo lo que mi carne siente. Sólo me queda eso. No hay más inspiración. ¿Cuándo perdí "el toque"? ¿Cuándo me abandonó la suerte de musa inspiradora que me susurraba mil relatos fantásticos cada noche para arrullarme? Ahora, sólo estoy yo y las sábanas, en un frío que no se quita pese a aislarme de todo. Y al final, esto son sólo letras. ¿Por qué, en el mero acto de escribir, un alma deja de tomarse en serio, y pasa a ser una mercancía más apostada en un estante con una calificación estampada en la frente? ¿Qué tiene que hacer uno para que los gritos sean tomados como ciertos? Ciertamente, nada queda. Es sólo la subjetividad de las líneas lo que transmite los caprichos del que, en su pena, redacta. Sin embargo, ¿Cuántos lo notarán? Ni siendo explícito, puedo contar con que acuda a mi rescate ni la más lejana de las almas dispuestas a escuchar. No hay garantías. Sólo quedo yo, yo mismo, para escarbar entre la tierra que me absorbe.

Cómo resistir... las inclemencias de los tiempos cambiantes desgastan los muros de roca, y lo que antes fue imponente, se convirtió en un exiguo montoncito de tierra que ahora se lleva el viento. No soy viejo. Se sabe que, por lejos, no soy viejo. Pero de todas formas... he vivido tanto... visto tantos lugares, conocido tanta gente, tenido tantos amores,

fracasado tantas veces... no se me antoja una vida larga para más de lo mismo. Pero, ¿Cómo podría estar seguro de que será así siempre, siendo que dos décadas apenas hacen de una persona alguien que comienza a ver la vida con una luz distinta? ¿Cómo puedo augurar con tanta certeza que las cosas no cambiarán, cuando la vida en sí es una amalgama de eternos cambios, incluyendo cada átomo de mi cuerpo? Es simple. Yo no he cambiado. Dirán muchos que sí lo he hecho. Pero no tienen idea.

Por más años que pasan, mi situación es la misma; en cada lugar distinto en que he estado, conocí a mucha gente diferente, acentos distintivos, comida variante y arquitectura que, para otros, era motivo de asombro y fuente de inspiración. Sin embargo, para mí era distinto. No importaba donde fuera, mi capacidad de asombro se perdió. ¿Qué eran los países, sino una variante más de acomodo terrestre que algún día se esfumaría? ¿Qué era la comida, sino ingredientes raros que quedarían desconocidos luego de que los recetarios se descompusieran en el fango? ¿Quiénes eran todas esas personas, de todos los colores y pensamientos imaginables, que patrones de ADN recombinado a través de la historia que no hacía más que perpetuar la memoria marchita de un mundo que por mera casualidad "era mejor antes"?

Cómo pesa... en mi memoria cargo el lastre de treinta y siete mujeres, y de cuatro hombres... todos esos individuos, tantos corazones, valiosos fueron, pero ya no son. Me ofrecieron todo lo que eran, y yo jamás correspondí. Fingí hacerlo, con la esperanza de que, en la práctica, pudiese convencerme de que algo podía importarme más que lo que hubiese en mi mente. ¿Podría amar si finjo que lo hago? ¿Podría querer si digo a diario "Te quiero"? ¿Podría sacrificar todo mi ser por alguien si cada día le decía "Me importas"? Tales preguntas quedaron con una sola respuesta: No. Pese a conocerles tan bien, compartir tantos momentos, sonrisas, caricias y cachetadas, jamás estuve satisfecho; tras unos meses, acababa aburriéndome de cada uno, cortando el lazo de forma tajante para no volver a verles. Se quedaron atrás, y no me avergüenza admitir que jamás volteé. ¿Por qué? Ya nada quedaba por saber de ellos. Su existencia se convirtió en algo mundano en mi vida, y poca diferencia encontré en perder a una pareja y tirar una moneda de un centavo. Yo mismo me reprochaba la falta de interés, pero no podía evitar repetir el patrón. ¿Por qué? No encontraba en ellos la respuesta que buscaba a la pregunta: ¿Qué sentido tenía el amor? No quise complicarme con la respuesta, siendo sincero, y asumí que tales delicias de la vida no eran compatibles conmigo. Me era imposible comprender cómo la gente podía vincularse hasta permanecer unida por meses, años, lustros, y décadas. ¿Cuál era ese elemento evasivo en la composición humana que escapaba de la tabla periódica y a mi entendimiento? Cualquier otro diría que, intrínsecamente, yo sé lo que es el amor. "La familia es amor", dirán. Lo siento. La mía está fragmentada hace mucho. Soy diferente a ellos, con mucha diferencia. No sé si ellos no pueden alcanzarme a donde estoy, o si es al revés... pero lo cierto es que no tengo un vínculo lo bastante fuerte

con nadie para aferrarme. Si de mí dependiera, cualquier ser humano, incluidos mis allegados, desaparecerían y yo apenas lloraría unos días, antes de seguir adelante. Ya viví cinco muertes. Dos fueron accidentes. Otras tres no lo fueron. ¿Una mentira? En absoluto. No hay aquí otras palabras que mi verdad, lo que siento. Aunque siento poco. Los pésames que repartí en cada funeral fueron cortesía de mi educación, mas no de mi corazón. No sé si me enseñé solo, o si mi alma nació para las fáciles despedidas. Eso facilitó mucho las cosas cuando viajé. Tantos rostros... y pocos o ninguno que vuelva a frecuentar en mi vida. ¿Por qué aferrarme a tales recuerdos, teniendo ellos presencias fugaces en mi vida? Sólo resolví dejarle a esos rostros espacios milimétricos en el corazón, pues tampoco podía decir que los olvidaría. Cada uno, aunque breve, duró suficiente para dejarme a su paso una marca, una cicatriz, una muestra de mi poca humanidad.

Cómo quebranta... quiero ser humano, pero no puedo. Atribuirme tal título sólo me causa dolor. Esas ansias de encajar, de saber que lo que uno es y lo que hace tiene algún sentido... ¿Qué hacer para perdurar? Sólo hay una respuesta: la gente. No es otra que la misma gente la que hace eco del tiempo que pasamos por el mundo. Y si yo nací para olvidarme del mundo, ¿Por qué me interesa que el mundo se acuerde de mí? ¿Qué clase de egoísmo infantil es el que carcome mis esperanzas? Sólo el que siembra, cosecha. Pero en mi páramo yermo, no queda un ápice de tierra fresca en la cual volcar mis sueños. Debería migrar. Migrar a otro sitio, a donde la infertilidad sea inconcebible. Sin embargo, eso es imposible. Uno mismo es el campo. ¿Qué será del campo, si éste no tiene fe? Y fe... es lo que más me falta. Todos a quienes conocí tenían fe, en algo o en alguien, pero la tenían. Yo que he crecido sin ídolo alguno, o una meta clara a alcanzar, ¿Qué me queda? Busqué el sentido, pero no lo hallé.

Cómo frustra... no soy el primero que se plantea estas interrogantes. ¿Sólo por eso soy uno más? ¿Sólo por eso, estas dudas dejan de ser mías? ¡No! Son mis dudas, es mi vida, es mi mundo el que cuelga de un hilo. ¿Entonces por qué la indiferencia? Muchos otros pasan por lo mismo. Así de simple. Aún en mi auténtica soledad y tristeza, soy incapaz de ser original. De mi boca no pueden brotar ni tres nombres célebres que hayan tratado de vislumbrar la luz entre las sombras de la ignorancia humana. ¿Soy más auténtico por tratar de encontrar una respuesta por mis propios medios, o sólo soy un tonto por intentarlo de esa forma? Tantas cosas soy, tantas otras que no. Tanto que decir, tanto que escribir, tanto por hacer. Y de todas maneras, no llego a ningún lado. Este es ya un insulso intento por mantenerme a flote sobre las aguas de mi pesar y mi congoja.

Tantas preguntas, tan pocas respuestas. Es la actitud reflejada hacia las circunstancias lo que define a las personas, lo que las distingue. Algunos celebran la incertidumbre, las expectativas. Yo sólo celebro las certezas, y

siendo así, en esta vida poco tengo que celebrar. Esa es la razón por la cual me he llenado de rencor, de envidia. Cómo quisiera sonreír con la misma simplonería que lo hacen los demás. Quisiera no ver en el mundo algo más que el preludio de la nada. Cómo desearía ignorar esas inequívocas señales de que nos vamos cada día un poco más; la primera patadita. El primer llanto. Las primeras palabras. La primera frase. El primer diente. El primer paso. La primera carrera. El primer año del preescolar. El primer diente caído. La primera paleta. El primer beso. La primera graduación. El primer baile. El primer grano en la cara. El primer concurso de oratoria. La primera pareja. El primer día en la universidad... hasta llegar a aquellos rasgos que nos susurran que nos vamos: la primera arruga. La primera cana. El primer nieto. El primer bastón. El primer infarto. La primera operación. El primer marcapasos. La primera hospitalización... y en el lecho de muerte, preguntarnos lo mismo: ¿Hice todo lo que quería hacer? ¿Valió la pena? ¿Alguien me recordará luego de haberme ido? ¿Existe algo más allá de este nuboso final, o hasta aquí llegaron mis lágrimas? Las campanadas y la música aumentan, hasta que las dudas se convierten, aún sin respuestas, en certezas. "Sí, ha valido la pena". "No me arrepiento". Y ya sea ahora, o en un futuro, habrá al menos una persona que nos recuerde, pues jamás podremos pasar desapercibidos por esta andanza. Desde nuestra llegada, los padres son los primeros en hacer consciencia de nuestra estadía, y ya sea por hermanos, o primos. Colegas o compañeros. Parejas o amantes. Amigos o enemigos... Los testimonios de una lucha individual quedan desperdigados, y cada acción es un trozo de metralla enterrado en la memoria de otro.

Es así como quiero concluir mis días: teniendo la certeza de que aunque queme, duela, moje y pese; sin importar que me sienta quebrantado, frustrado, o frágil, me acompañarán las diez mil y un cosas que hice, dije y escribí, como un testimonio de que si bien pude no haber logrado todo lo que quise, bien fueron para presentarme una historia que, al igual que el espectro de mi encefalograma o de mi corazón, tuvo altibajos que relatarán el trote de un errante. Al final, para otros quizá no tenga valor, pero para mí... sí. Para mí, tendrá sentido todo lo hecho, pensado, y dicho. ¿Por qué lo asevero con tanta confianza? No lo sé. Ya no lo sé. Quizá, y sólo quizá, hoy he comenzado a sentir eso que algunos llamaron... fe.